

Capítulo 4 — Sombras que caminan recto




Sira notó las huellas al amanecer.

No eran recientes, pero tampoco viejas. Habían dejado marcas claras en un tramo húmedo, justo antes de una zona de arenisca compacta donde habrían pasado desapercibidas. Cuatro pares de pisadas, espaciadas con regularidad, profundas, sin el arrastre descuidado de quien camina sin rumbo. Marchaban en línea recta, y lo que más inquietaba a Sira era la sincronía.

No era un grupo de viajeros. Era una patrulla.

Se agachó junto a las huellas y las estudió durante varios minutos. Eran botas ligeras, bien mantenidas, de suela



fina. El tipo de calzado que uno elige cuando sabe que tendrá que moverse rápido, pero también con sigilo. Cada paso estaba bien plantado. Quien caminaba así sabía ocultar su presencia, pero no contaba con alguien que supiera leer el suelo como ella.

Sira alzó la vista. El terreno se abría en una loma suave que descendía hacia una zona baja de vegetación dispersa, donde el matorral crecía torcido por la sequía y los vientos erráticos. Era un mal lugar para esconderse... y sin embargo, ahí habían ido.


Decidió seguirlos.


No por curiosidad —la curiosidad es un lujo que en la supervivencia rara vez se paga barato— sino porque no saber quién pisa el mismo suelo puede ser más peligroso que acercarse demasiado.

Caminó con cuidado, borrando sus propios rastros cuando podía, deteniéndose cada cien pasos para escuchar. A veces, el mundo parecía respirar: el crujido de una rama en la distancia, el roce de una tela con ramas secas, el zumbido repentino del viento a través de un cañón estrecho. Nada claro, pero suficiente para no sentirse sola.

A media tarde, los vio.

Eran tres. No cuatro. Tal vez el cuarto se había separado, o quizá sus huellas se habían superpuesto. Se movían en





fila, sin hablar, deteniéndose cada tanto para observar el terreno desde puntos elevados. No llevaban armaduras ni uniformes, pero sus ropas eran todas del mismo tono: verde apagado, con capas cortas al estilo de cazadores o exploradores. Uno de ellos, el más alto, llevaba una lanza metálica con punta ancha. Los otros dos llevaban armas que Sira no reconoció de inmediato.


Lo más extraño era cómo se comportaban.


No miraban a su alrededor como quien teme ser emboscado. Miraban como quien busca algo muy concreto. El de la lanza a veces consultaba un objeto pequeño que llevaba al cuello, parecido a una brújula, pero que no apuntaba en ninguna dirección constante.

Ella los observó desde la cima de un afloramiento rocoso, a medio kilómetro de distancia. Desde allí, con su catalejo de latón oxidado, los estudió detenidamente.

Había un detalle que no esperaba: los tres llevaban el mismo símbolo bordado en la espalda, justo bajo la nuca. Un rombo partido por una línea vertical. No era un emblema común. No pertenecía a ninguna organización que ella conociera... pero se parecía, lejanamente, a las marcas talladas en la piedra dentro de la duna. No era una coincidencia.

Sira guardó el catalejo. Pensó en rodearlos. No podía saber aún si eran hostiles, pero no podía arriesgarse a un





encuentro directo. Si sabían del cilindro, o de la piedra negra, no estarían por allí por accidente. Y si no sabían... quizás no convenía que lo descubrieran.

Al caer la noche, acamparon en un claro. No hicieron fuego. Montaron un refugio bajo los árboles, tensaron cuerdas y cubrieron con lonas negras que absorbían la escasa luz. Usaban linternas de luz verde, apenas visibles más allá de unos metros. No hablaban. Solo el de la lanza parecía dormir, mientras los otros dos hacían turnos de guardia sin moverse.

Sira no bajó. Observó desde lejos.

Cuando el viento cambió, olió algo.

Aceite de resina. Igual al que ella usaba para conservar sus herramientas. El mismo aroma que impregnaba el cilindro que había encontrado. No cabía duda: sabían algo.

Volvió sobre sus pasos, tomando un desvío hacia el norte. Ya no podía seguir su camino original. Tendría que buscar una ruta alternativa hacia el próximo objetivo del mapa mental que había ido formando: una estructura que, según los relieves del terreno, debía hallarse en el extremo de una planicie agrietada, más allá del bosque pálido. Aún le quedaban días de marcha.

Pero ahora había más variables.



No estaba sola. Y si esos hombres la veían, o si encontraban primero la próxima señal, todo podía torcerse. No había margen para errores.

Esa noche, Sira durmió en un árbol hueco, a seis metros del suelo. Apretó la piedra negra contra su pecho. Por primera vez desde que había iniciado su viaje, soñó con pasos. No los suyos.



Erik el rojo